



Simón Suárez,
Fernando Doménech y
J. A. Hormigón tras una
de las representaciones
de "A la sombra de las
luces". ADE (1993).
(Foto: EdeláE López).

Polvo serán—Simón— mas polvo enamorado

POR J. A. HORMIGÓN

Había nacido para hacer de los colores, las líneas, los volúmenes, los sonidos, las palabras, los gestos, los tejidos, la luz, formas expresivas que fueran más allá de su significado primario, que descubrieran otros significados más complejos, estilizados y versátiles: transformarlas en materia artística en definitiva. Nunca creyó que un don como tal sirve para nada en su exclusiva espontaneidad, y estudió arduamente, buscó maestros sabios y competentes, aprendió apasionado y trabajó con denuedo en ocasiones obsesivo. Hizo de la cultura en su dimensión más amplia, rica y estimulante un referente imprescindible de su vida y su labor creadora. Así era para mí Simón Suárez, que se nos fue un día de febrero.

Su aspecto frágil, su habitual palidez, la media sonrisa que le bailaba con frecuencia en los labios y los ojos, escondían a un hombre extraordinariamente tenaz, analítico irreprimible en las tareas profesionales, de una entereza casi estóica hacia las adversidades más aparato-

sas. La exigencia y rigor de que hacía gala, iban parejas al rigor y exigencia que a sí mismo se imponía. Sus palabras suaves no implicaban blandura sino una argumentación decidida y contundente.

Trabajar con él fue para mí una fascinante experiencia, no sólo porque encontré a un interlocutor sin complejos, con el que podía hablar sin tapujos, estridencias ni presunciones un mismo lenguaje, sino porque pude tener junto a mí a un minucioso conocedor de su oficio, capaz de descubrir propuestas a partir de valoraciones dramáticas profundas. Es este un placer que sólo he podido disfrutar trabajando con él, con Fabiá Puigserver, con Tomás Adrián... Las semanas en que conjuntamos nuestras capacidades y esfuerzos en el montaje de *A la sombra de las luces*, aquella introspección sobre la reforma teatral goldoniana y el sentido del teatro en general, constituyen en mi recuerdo una experiencia inolvidable que contribuyó a que nos conociéramos mejor en el ruedo siempre imprevisible de la práctica concreta. Sirvió también para reforzar nuestra amistad, y para que nuestros coloquios transpasaran el plano meramente profesio-

nal y se adentraran en los vericuetos incógnitos de la vida y de la muerte.

Era 1993. Un día, tras largas y absorbentes horas de ensayo, nos fuimos a tomar unas cervezas a un bar próximo. Hablamos de la escenografía y los trajes del espectáculo: Simón, en ocasiones, era pertinaz en sus dudas y había que manifestarle con decisión que sus diseños eran coherentes, adecuados y precisos y no necesitaban un vuelco de puntacabeza, sólo seguirlos enriqueciendo o desarrollando. Después pasamos a otros temas y discurrimos sobre el entusiasmo ante la vida, el sentido del trabajo, la cadencia rigurosa del amor... En aquella plática con cerveza, supe del mal que le corroía silencioso e implacable. El estupor dolorido que me causó la noticia me golpeó muy hondo. Mi condición de director de escena y mi memoria nostálgica de licenciado en medicina, paliaron sin duda la impresión convirtiéndola en rictus absorto. Su vitalidad sin embargo me tradujo un cierto optimismo: Simón estaba en aquel momento convencido de que gracias a la voluntad y la homeopatía, su situación estaba plenamente controlada.

Durante la primavera de 1994 nos vimos de nuevo con frecuencia. En aquel tiempo dirigió un curso sobre la puesta en escena de la ópera, al que dedicó todo su entusiasmo sabiduría e ilusión. Sin duda tenía muchas cuentas pendientes con la cuestión en referencia a España. Su profunda formación musicológica y escénica se rebelaban no pocas veces respecto a ciertas escenificaciones que consideraba auténticos desmanes. Quizás eso le hizo incómodo en ocasiones para ciertos funcionarios pretendidamente disfrazados de creadores, para determinados gestores y algunos compañeros de profesión. Con ardor irreprimible expresó más de una vez lo que pensaba sin darse cuenta exacta del país en que vivía. No se fue de rositas: la factura que le pasaron no fue corta, aunque no más contundente que la que a otros les pasan quienes controlan los resortes decisorios de los diferentes tinglados escénicos. Supo del ostracismo y la espera inútil, de las frases huecas, los silencios contumaces y los escorzos de suficiencia. Aquello se le vino encima, y el saber que a otros les sucedía lo mismo no le sirvió de consuelo ni le provocó sentimientos autocompasivos. Seguramente hizo bien.

El curso fue para él una especie de solaz del espíritu. Pudo reunir como profesores a lo más solvente en el campo musicológico, la composición, la interpretación y el dramaturgismo operístico de España y Francia. Algunos eran sus antiguos maestros, casi todos eran sus amigos ahora, y esa doble condición propició sin duda poderlos aunar en el proyecto y que éste alcanzara la altura que tuvo.

A finales de junio del pasado año, tuvimos una extensa conversación en torno al montaje de una de las obras del premio María Teresa León, *Cocinando con Elisa* de Lucía Laragione, que íbamos a estrenar en noviembre. El texto le interesó y el proyecto le ilusionó. Quedamos emplazados para una inmediata sesión de trabajo con los bocetos inicia-

les sobre la mesa. El día anterior a la fecha concertada, me llamó por teléfono y me dijo que su salud flaqueaba y que el compromiso adquirido con el CAT para hacer un *Don Juan* y el posterior con el Teatro de la Abadía, en donde iba a materializar una de sus ilusiones: escenificar a Monteverdi, le aconsejaban renunciar a nuestro espectáculo. A mí no me produjo ninguna alegría no poder trabajar con él en este proyecto y con cierta sequedad y desilusión me resigné.

Los rumores del sur me trajeron noticias penosas. La vitalidad se había quebrado y el daño se hacía patente. Cuando lo abracé y hablé con él un buen rato el día de la entrega de los Premios ADE, sabía por mi ayudante y amigo común Carlos Rodríguez que su equilibrio espiritual, anímico e intelectual era completo. No había sin duda resignación pero sí aceptación serena de lo que le sucedía. No obstante, mi memoria pertinaz de licenciado en medicina me permitió deducir que la situación era de gravedad extrema y así se lo trasmití a unos pocos colegas de absoluta confianza. Algunos sabíamos el enorme esfuerzo que debió hacer para llegar hasta aquel palacio de la calle madrileña del Arenal, subir su solemne e interminable escalinata y recoger el Premio Joseph Caudí de escenografía que sus compañeros de la ADE le habían otorgado por votación secreta, por su exquisito y espléndido trabajo en las dos óperas de Stravinski montadas conjuntamente en el Teatro de la Zarzuela. Tengo la presunción y así nos lo dijo, que aquello supuso una de sus grandes alegrías.

La despedida fue larga. No era momento ni ocasión para ser más explícito y sólo le pedí mirándole fijo: "Prométeme que vas a cuidarte y a poner los medios". Sonrió cómplice, adivinando quizás lo que intentaba trasmitirle, y me respondió: "Me cuidaré". El barullo de los adioses locuaces y multitudinarios, no impidió nuestro aparte pero tampoco ayudó a que las esperanzas se cumplieran. La partida estaba en sus lances definitivos y el jaque amenazaba todas las casillas. Después, un día de febrero, se nos fue. Como él quiso, con discreción extrema, sin altisonancias, como en un susurro de riachuelo que fluye, sin alertarnos del trance en que se hallaba

Polvo sera, más polvo enamorado, quiso que se dijera antes de la cremación: había algo de sentimiento ascético y franciscano en su forma de encarar los vericuetos de la vida y de la muerte, algo que podía trastocarse en dandismo explosionado instantes después. Pero en esa hora suprema todos los allí reunidos pensamos también que siempre sería polvo enamorado.

Simón: ayer, día 11 de abril, coincidí en un ágape nocturno con Luis de Pablo. Hablamos mucho de ti y los dos te recordamos durante largo tiempo. Mientras esto suceda, mientras tu obra nos siga estimulando, mientras tus experiencias o hallazgos nos abran interrogantes, tú estarás entre nosotros porque nada hay más cierto que mientras nos recuerden seguiremos viviendo.